

Entre barras y estrellas: un diálogo sobre las resistencias antiamericanas a la dominación y a la hegemonía

MARIANA S. LEONE*



Carbone, V. L. y Mastrángelo, M. (Eds.) (2019a) *Anatomía de un imperio: Estados Unidos y América Latina*. Valencia: Publicacions de la Universitat de Valencia.

López Zapico, M.A. y Feldman, I.A. (Eds.) (2019b) *Resistiendo al imperio: Nuevas aproximaciones al antiamericanismo desde el siglo XX hasta la actualidad*. Madrid: Sílex.

López Zapico, M.A., Rodríguez Campesino, A. y Vitón, G. (Eds.) (2019c) *Nuevas miradas sobre el antiimperialismo y/o el antiamericanismo desde la historia, la literatura y el arte*. Instituto de Estudios Internacionales y Europeos Francisco de Vitoria de la Universidad Carlos III de Madrid.



Introducción

En este texto, se presenta una reflexión sobre el antiamericanismo a raíz del análisis de tres obras colectivas desarrolladas en 2019 en torno al estudio del imperialismo estadounidense y las manifestaciones de resistencia que ha provocado desde finales del siglo XIX hasta la actualidad. El objetivo es interrogarnos sobre el antiamericanismo como una forma de resistencia y proponer algunas distinciones conceptuales y marcos de significado que alimenten el debate al que nos invitan los autores de las obras con las que aquí se dialoga.

El libro coordinado por Valeria Carbone y Mariana Mastrángelo tiene como objetivo repensar el imperialismo como un factor clave en las relaciones internacionales de Estados Unidos —principalmente con América Latina—. Los/as autores/as que escriben en el marco de la disciplina de la Historia, muestran una visión latinoamericana sobre este fenómeno y en la consecución de ese objetivo, dejan entrever procesos de resistencia a la potencia estadounidense, que son, en cambio, el foco de los otros dos libros analizados.

Los libros coordinados por Misael López Zapico con Irina Feldman por un lado, y con Aida Rodríguez y Gonzalo Vitón, por otro lado, surgieron con el objetivo

* **Mariana S. LEONE**, Doctora en Relaciones Internacionales por la Universidad Autónoma de Madrid. Sus líneas de investigación son el análisis de política exterior latinoamericana, países pequeños, regionalismo, identidades y dinámicas de la sociedad civil.

de un conjunto de investigadores por “contribuir al debate sobre las causas y evolución de los sentimientos antiamericanos durante las últimas décadas” (López, 2019b, p.17), y por indagar si la violencia podía ser un factor diferencial entre las manifestaciones denominadas antiamericanas y otro tipo de expresiones de crítica o repulsa dirigidas hacia EEUU. En la progresión de sus investigaciones, los autores reconocieron que el estudio de las manifestaciones violentas no agotaba todas aquellas expresiones suscritas al antiamericanismo y por ello, ampliaron su objetivo de estudio a poner de manifiesto la versatilidad y capacidad de adaptación del concepto de antiamericanismo, en el primer libro, y a establecer conexiones entre distintas formas de resistencia antiamericana con aquellas categorizadas como antiimperialistas, en el segundo libro. Ambos libros cuentan con aportaciones desde la Historia, la Ciencia Política, las Relaciones Internacionales, el Arte, los Estudios de Género y la Literatura.

Este ensayo está estructurado en tres apartados. El primero dedicado a definir aquello a lo que se resiste el antiamericanismo. El segundo dedicado al análisis de lo que llamamos antiamericanismo y de su vínculo con otros conceptos como antiimperialismo o americanización, así como a la propuesta de diferenciar el antiamericanismo que responde a la dominación y a la hegemonía dura del que responde a la hegemonía suave, pues los efectos y agravios que causan generarían distintas movilizaciones. El último apartado reivindica la necesidad de atender a la dimensión positiva del antiamericanismo, es decir, al estudio de las identidades y espacios colectivos nuevos que se articulan en torno a la resistencia. Finalmente, el texto cierra con unas breves conclusiones.

I. Aquello a lo que se resiste el antiamericanismo: ¿el imperialismo estadounidense?

Cada autor/a de los capítulos estudiados parte de una idea de aquello a lo que se opone el antiamericanismo. Pueden ser comportamientos de dominación, de hegemonía o de liderazgo concretados en manifestaciones de expansión territorial, intervencionismo, inversión extranjera de grandes corporaciones poco considerada con las necesidades locales, creación de sociedades de consumo, narrativas de superioridad moral, cooptación política de élites, difusión de una serie de valores y estándares, aplastamiento de expresiones de resistencia entre otros. Esos autores pueden hablar de imperialismo estadounidense pero no se refieren a él sólo como el dominio de EEUU sobre otros estados, sino que subraya, el ejercicio de poder más o menos coercitivo y más o menos excluyente de unos actores sobre otros, dentro y fuera de los estados —incluido los propios EEUU.

En la introducción, Carbone y Mastrángelo (2019a) sostienen que el imperialismo estadounidense, aunque se parece a los imperialismos coloniales del siglo XIX en su expansión territorial, se distingue por el peso de su vertiente económica y cultural. Lo que hace que el control efectivo sobre la soberanía de otras sociedades política no se dé sólo a través de la fuerza sino a través de la dominación ideológica. A diferencia de otros imperios, el estadounidense no habría creado gobiernos formales, implantando fórmulas innovadoras como el territorio “no incorporado” nos señala Malena López (2019a), y habría legitimado su control sobre otros con la narrativa de llevar la democracia y la libertad a otros lugares aun cuando en su estado, no siempre son respetadas. Si bien López señala que el imperialismo estadounidense tiene poco de excepcional, muestra que tiene algunas características diferentes a los imperios coloniales, trazando continuidades y rupturas.



En 2006, David Chandler escribió que el imperialismo actual se negaba a sí mismo, y no precisamente porque no ejerciera poder sobre otros. En la línea de lo señalado por López (2019a), Chandler (2006) apuntaba que el imperio de EEUU refuerza el estatus de soberanía de otros estados —algo que lo diferencia de los imperios coloniales—, pero al mismo tiempo, muestra prácticas aún más intervencionistas que en el pasado en su “apoyo” a la construcción de capacidades en los estados que denomina débiles. Si López (2019a) apuntaba a una narrativa de superioridad moral en la acción internacional de EEUU, Chandler (2006), por el contrario, señala que su acción se debe al intento de evadir responsabilidades políticas en un orden internacional donde los problemas como la pobreza, la exclusión social, el calentamiento global o la violencia se despolitizan y se tratan como si fueran asuntos técnicos o burocráticos. En resumen, aunque Chandler coincide con López en que el imperialismo estadounidense y occidental no es menos racista o elitista que los imperios coloniales, no cree que EEUU se esté guiando por un “destino manifiesto”, sino por rehuir responsabilidades ante la conciencia de que carece de un proyecto político para el cambio social.

Si consideramos el orden mundial, tal y como nos lo presenta Diego Crescentino (2019c), como uno que se sostiene sobre prácticas de exclusión y profunda desigualdad, y no tanto como una jerarquía de estados; entendemos que aquello que llamamos imperialismo estadounidense son todas las acciones encaminadas a evadir cualquier responsabilidad sobre el mantenimiento de ese orden mundial y a procurar negar las posibilidades de transformación social que busquen otros actores.

Autores como Darío Martini (2019a) o como Eduardo Tamayo (2019c) exponen en sus estudios de caso cómo los actores que ejercen dominación o hegemonía son conscientes de que su acción es poco legítima —y percibida como inapropiada—, lo que les lleva a negar sus acciones imperialistas. Esas negaciones no sólo irían encaminadas a evitar obstáculos y oposiciones a la consecución de sus intereses, sino a no asumir responsabilidades en un orden mundial desigual, como hemos visto.

Estas lecturas, por tanto, nos permiten llegar a la conclusión de que el imperialismo estadounidense no hace referencia solo a las relaciones de dominación o hegemonía de un estado sobre otros estados, sino que nos habla de los esfuerzos de acción y omisión para evitar la transformación social de un orden político, social, cultural, y económico excluyente y desigual. Esfuerzos ejercidos no solo por unas élites estadounidenses sino por grandes corporaciones, por organizaciones internacionales y por élites locales que internalizaron, entre otros, valores neoliberales. Es así como el gentilicio “estadounidense” amplía su significado a “occidental” y no necesariamente a las acciones de un gobierno o de aquellos que disponen de un pasaporte estadounidense.

2. El antiamericanismo como forma de resistencia a la dominación y a la hegemonía

El antiamericanismo, tal y como ha sido trabajado en estos libros, es un concepto que nos remite a una actitud de resistencia, crítica y rechazo a la política exterior de EEUU —más concretamente, a las ideas y acciones desplegadas por sus sectores dominantes y gobernantes— así como a las

acciones ejercidas frente a minorías al interior de sus fronteras, cuando estas políticas y acciones son de dominación y hegemonía y sin asumir responsabilidades políticas por ello. Esta es una definición a la que podemos llegar tras entrar a dialogar con los libros aquí analizados, buscando puntos de encuentro y desencuentro.

Sin embargo, no creemos que esta definición agote todos los posibles significados del antiamericanismo. Como señalan López y Feldman (2019b, pp.14-17) el concepto de antiamericanismo tiene un carácter huidizo y a la vez versátil porque se puede aplicar a una amplia heterogeneidad de reacciones de actores —de por sí, variados— ante su experiencia con aquello que denominan “Estados Unidos”. Estas reacciones pueden situarse analíticamente en un continuo cuyos extremos son, por un lado, sesgos o prejuicios hacia la gran potencia y, por otro lado, un odio generalizado a todo lo que es la cultura y valores estadounidenses. Los casos estudiados en los tres libros colectivos reflejan que las experiencias antiamericanas —aunque pueden categorizarse como políticas, económicas, sociales, raciales— parecen tener en común la vivencia de comportamientos de dominación o hegemonía ejercidos por actores identificados como EEUU sobre ellos/as.

Entre el conjunto de manifestaciones de resistencia antiamericana observados en estos libros, cualquier lector o lectora encontrará discursos antiimperialistas provenientes de élites progresistas o intelectuales (Rodríguez, 2019b; Vitón, 2019b; Mastrángelo, 2019a); manifestaciones masivas populares en contra de la visita de presidentes o representantes de EEUU a otros países o manifestaciones al interior de EEUU que reclaman el cumplimiento efectivo de los derechos de las minorías (Morgenfeld, 2019a; Labarta, 2019c; Soler, 2019c); expresiones, culturales y artísticas en contra de la industria de cine de Hollywood, de las industrias editoriales y de los centros epistémicos del Norte global, señalando sus exclusiones y usos no inocentes del lenguaje verbal y visual (Feldman, 2019b; Saldarriaga y Manini, 2019c; Bilbija, 2019b, Pérez, 2019b; Nigra, 2019a; A. Crescentino, 2019c); atentados y acciones violentas contra intereses estadounidenses (Misael López, 2019a) entre otras.

Si bien estas manifestaciones a simple vista podrían hacer gala solo de su dimensión negativa¹, los autores de estos libros permiten ver la dimensión positiva de la resistencia, es decir, su esfuerzo de construcción de alternativas de pensamiento y de acción que dignifican. Hacemos esta lectura teniendo presente la propuesta de Sean Chabot (2018) de analizar las resistencias no solo como algo que entra en conflicto o que cuestiona, sino que construye alternativas y proyectos.

Albert Soler (2019c), en su análisis de las resistencias heterogéneas al interior de las Fuerzas Armadas de EEUU durante la Guerra de Vietnam, apunta, por ejemplo, la adopción de expresiones simbólicas que generan cohesión colectiva como saludos o artículos de vestimenta entre aquellos que se sienten menospreciados. Ksenija Bilbija (2019b, p.107), en su análisis del origen y desarrollo de las industrias cartoneras, muestra cómo en un contexto de crisis ocasionado por las políticas neoliberales, la creación de las industrias cartoneras supuso no sólo una medida de intervención social para los que se habían quedado sin sustento, sino un nuevo modelo de reproducción cultural

¹ Entendemos “negativo” no como un juicio de valor sino como una acción que muestra oposición y rechazo a lo impuesto y considerado injusto.



que da “papel y tinta” a autores silenciados que antes no se veían como productores de libros —sólo como consumidores— y que rompe con la mercantilización de la literatura. Alejandra Crescentino (2019c), en su estudio de obras audiovisuales de autores argentinos y chilenos, muestra cómo las acciones de crítica van acompañadas de nuevas lecturas sobre el lenguaje o la historia que ayudan a resignificar términos e identidades. Sin afán de extendernos, dos ejemplos son interesantes: el intento de señalar que la palabra “América” utilizada por los estadounidenses para denominar a su país no excluye a América Latina, y la utilización de la estética del DIY —*Do it yourself*— para un objetivo más ambicioso que el consumismo al que está asociado, y que es el mostrar que cualquiera, por sí mismo, puede desafiar al poder.

Además de la dimensión negativa y positiva de diferentes manifestaciones antiamericanas, los autores de estos libros exponen que las resistencias tienen significado en un contexto temporal y geográfico determinado, y que su construcción no está exenta de contradicciones y silencios. Estas consideraciones, aunque no precisan el concepto de antiamericanismo, constituyen elementos a tener en cuenta en su estudio. Sobre la contextualización de la resistencia, podemos observar casos como los analizados por Carmen de la Guardia (2019b) y Cristina Ortiz (2019b), que evidencian cómo comunidades que en la primera mitad del siglo XX miraban con admiración a EEUU y lo consideraban el actor que lograría cambios en la España franquista, tras el restablecimiento de relaciones diplomáticas entre ambos gobiernos en 1953, manifestaron una mayor crítica y aversión a su forma de actuar. Sobre las contradicciones y silencios apuntados por Vitón (2019b) y Tamayo (2019c), podemos interrogarnos sobre lo que piensan los individuos y colectivos resistentes sobre otros estados —además de EEUU— que exhiben actitudes imperialistas y sobre su responsabilidad en el mantenimiento del orden mundial. También podemos interrogarnos si esos silencios son intencionados o si la crítica al racismo en países como EEUU debería acompañar también críticas a las expresiones racistas más locales, lo que a veces no pasa.

Es posible que el estudio del antiamericanismo nos muestre que este difícilmente puede evitar alguna contradicción si tenemos en cuenta que crea una relación dialéctica con lo que enfrenta y, en ese proceso, adopta y resuena con algunas características o medios de lo enfrentado. Muestras de ello se encuentran en manifestaciones en defensa de derechos humanos que, aunque consideradas antiamericanas, hunden sus raíces en las narrativas estadounidenses sobre las luchas emancipadoras y de expresión democrática (Labarta, 2019c; Neila, 2019b), o en vivencias como las de los militares brasileños que participaron en la Segunda Guerra Mundial, los cuales observaban con aversión la segregación racial entre las fuerzas estadounidenses, pero al mismo tiempo interiorizaban sus formas de lucha y sus ideas de enemigos a vencer (Alves, 2019a). Aunque pueda parecer sorprendente, estos ejemplos subrayan la complejidad de las conexiones del antiamericanismo con otros conceptos como la americanización. Entendiéndose americanización como la adopción de hábitos y costumbres populares en EEUU (De la Guardia, 2019b), es posible que esas costumbres no sólo sean parte del contenido de la crítica, sino que den forma y soporte a esa crítica.

En el libro editado por López y Feldman (2019b), el “antiamericanismo” —además de asociado a términos como “americanización” en algunos casos— aparece especialmente vinculado al “antiimperialismo”. Es probable que ese hallazgo haya motivado a algunos autores a editar un libro que ofreciera “nuevas miradas” no sólo del antiamericanismo sino también

del antiimperialismo para justamente indagar sobre su vínculo (López, Rodríguez y Vitón, 2019). En ambos libros, autores como Misael López, Laura Sestafe e Ignacio Cortiguera abordan más explícitamente el reto de entender el vínculo entre americanismo y antiimperialismo.

A través del estudio de expresiones violentas contra intereses estadounidenses en América Latina entre los gobiernos de Nixon y de Reagan, López (2019b) examina si el uso de la fuerza es el factor diferencial entre cualquier crítica a la potencia y lo que denominamos antiamericanismo. En este estudio, el autor encontró que las expresiones violentas no estaban movilizadas por un odio generalizado hacia EEUU, pero sí parecen relacionadas con un rechazo a las dinámicas de exclusión generadas por actores asociados a EEUU y por unas élites económicas locales. Este resultado apuntó la necesidad de estudiar el vínculo aparentemente estrecho entre el antiamericanismo y el antiimperialismo.

Sestafe (2019c) reflexiona sobre ese vínculo a partir del análisis histórico del antiamericanismo en Oriente Próximo y el norte de África. En su capítulo, la autora afirma que el antiamericanismo es una forma de resistencia al igual que el anticolonialismo y el antiimperialismo y que, por tanto, no es un proceso excepcional de rechazo a EEUU. Llega a estas conclusiones tras desmontar las visiones esencialistas que procuran exonerar de responsabilidades a quienes hablan en nombre de la superpotencia. La lectura sobre este trabajo nos deja, por un lado, la impresión inicial de que el antiamericanismo no es más que una forma de antiimperialismo y, por otro lado, que el uso del término “antiamericanismo” por parte de los sectores dominantes no sólo sirve para agrupar discursivamente un conjunto de críticas como señalaba López (2019b), sino que puede ir encaminado a deslegitimar esas críticas y a evadir responsabilidades.

Cortiguera (2019c), quien analiza si el guionista de cómics de superhéroes, Mark Miller, muestra una actitud antiimperialista o antiamericana, se plantea también el vínculo entre estos dos términos. Su estudio parte de la idea del antiamericanismo como un odio generalizado a EEUU que afecta a todos los aspectos de ese país y que es mayor al que se puede sentir por otros países. Con ese concepto en mente, el autor concluye que Miller no es antiamericano, pero sí antiimperialista dado que éste critica la expansión política y militar de EEUU —que también pueden llevar a cabo otras potencias—, mas no critica elementos culturales que precisamente utiliza en su trabajo.

A la luz de estos trabajos, la impresión es que el antiamericanismo siempre es antiimperialista y que se puede ser antiimperialista sin ser antiamericano. Ahora bien, creemos que esta cuestión debe ser abordada más sistemáticamente y responder a preguntas como si puede haber un antiamericanismo que no sea antiimperialista y qué puede influir en ello. Tras estas interrogantes sobre el vínculo con el antiimperialismo aguardan otras como si es la ideología política la que sustenta la crítica antiamericana, si es diferente el antiamericanismo que resiste una acción de dominación que una de hegemonía, y si son diferentes los antiamericanismos categorizados como económicos, políticos, culturales o religiosos. Este ensayo no provee conclusiones. Sin embargo, a partir del diálogo con los libros analizados, sugiere ideas, distinciones conceptuales y marcos, que podrían ser útiles para futuras investigaciones.

López (2019b), Vitón (2019b) y Silvina Campo (2019c) analizaron casos que mostraban una



cercanía del antiamericanismo con ideologías marxistas-leninistas, progresistas o comunistas. No obstante, trabajos como el de Sarias (2019c), Pérez (2019b), Labarta (2019c) o Coury (2019b) exponen el antiamericanismo de sectores conservadores en que algunos elementos comunes de su crítica se refieren al modelo liberal, individualista y secularizador que ha exportado EEUU o incluso el antiamericanismo del votante de extrema derecha al interior del país para expresar su insatisfacción con las soluciones dadas por las élites a la falta de empleo. El trabajo de Saldarriaga y Manini (2019c) redondea este análisis mostrando que las críticas contra el mesianismo estadounidense no excluyen críticas a modelos socialistas o a la Revolución Cubana. Estos trabajos en conjunto revelan que la ideología política no sustenta necesariamente la crítica antiamericana. Ahora bien, resulta interesante observar que el antiamericanismo conservador norteamericano y español de los años cincuenta y sesenta analizado por Sarias (2019c) no es antiimperialista. Podían criticar a EEUU, pero celebraban el imperialismo europeo en África y en América Latina —que extendía el catolicismo y que defendía la segregación racial y la superioridad cultural blanca—.

Con la riqueza de casos estudiados en estos libros, ¿podríamos estar ante la diferenciación entre un antiamericanismo que responde a acciones hegemónicas suaves y un antiamericanismo que responde a acciones de dominación y hegemonía dura que han dejado una serie de agravios sociales? Y con esa diferenciación, ¿podríamos entender por qué el antiamericanismo a veces es antiimperialista y a veces no?

Al igual que se ha acostumbrado en la disciplina de las Relaciones Internacionales, los autores de los libros no han diferenciado comportamientos de dominación, hegemonía y liderazgo al hablar de las acciones de una gran potencia, una distinción que sí hace Sandra Destradi (2010) y que considero que podría ser útil para entender también diferencias en las reacciones que surgen a esos comportamientos. La diferencia entre la dominación y la hegemonía con el liderazgo, es que un actor poderoso procura influir en otros con el fin de conseguir objetivos propios —incluso cuando los presenta como universales en el caso de la hegemonía—, mientras que al actuar como líder adopta un rol de facilitador de unos objetivos comunes construidos en una interacción histórica. La diferencia entre dominación y hegemonía está en los medios que utiliza el actor poderoso para obtener sus objetivos propios. En el caso de la dominación, ejerciendo violencia o amenazando con su uso. Y en el caso de la hegemonía, usando una amalgama de medios que configuran un continuo que va desde amenazas de exclusión de instituciones comunes hasta usos de la diplomacia pública y cultural, pasando por la provisión de incentivos materiales.

Si bien ningún comportamiento de dominación y de hegemonía resulta legítimo para quien se repliega a las preferencias de otro más poderoso, entendemos que dejan diferentes espacios de maniobra y que enmarcan con diferentes significados los daños que infligen. Esto no significa que sea más devastadora la muerte de alguien en una intervención militar, que los daños que sufre una agricultora y su comunidad cuando ciertos acuerdos de libre comercio les impiden sistemáticamente su subsistencia. Empero, ciertamente, entendemos que unos daños generan unos impactos más directos e instantáneos y otros más sutiles y prolongados y que eso, influye finalmente en la urgencia de los subalternos para contemplar los daños en su tejido social y en la valoración de su identidad, para oponer resistencia y para optar por unos medios y no otros para manifestar esa resistencia (Simmons, 2014).

Los movimientos conservadores analizados por Sarias (2019c), podían tener que soportar la difusión cultural estadounidense —la forma de hegemonía más suave— y sentirse avergonzados por su idea de sociedad, pero su dignidad no parecía atacada y sus redes de apoyo podían mantenerse fuertes. En ese marco, su antiamericanismo puede mostrar menor vínculo con el antiimperialismo, pues sus agravios sociales son suaves. Diferente parece el caso para los combatientes filipinos que resistieron la intervención militar estadounidense a finales del siglo XIX (Martini, 2019a), o para los soldados nativo-americanos que eran expuestos a mayor riesgo que los soldados blancos de clases no obreras y que veían los derechos de su comunidad quebrantados pese a acuerdos históricos (Soler, 2019c). En esos casos, la dominación y la hegemonía en sus versiones dura e intermedia profundizan agravios causados por la exclusión continua, sistemática e institucionalizada, por la desvalorización de su identidad, y por los daños en el tejido social comunitario y, con ello, detonan una crítica antiamericana que es antiimperialista, antirracista y anticolonial.

Por tanto, se propone nuevas investigaciones sobre antiamericanismo que profundicen en la idea de los agravios ocasionados por distintos comportamientos de aquellos identificados como EEUU, contextualizados en su tiempo y lugar, teniendo en cuenta las distinciones conceptuales entre dominación y hegemonía que, aunque no siempre tengan fronteras infranqueables, pueden ser una guía útil. En ese proceso, el antiamericanismo puede ganar espacio en los debates de resistencia y de movilizaciones sociales escapando, quizás, de debates estatocéntricos, y de debates, equivocadamente, esencialistas.

3. La construcción de identidades resistentes antiamericanas

En ocasiones, el despliegue de la dominación y hegemonía no aspira sólo a influir en el comportamiento de otros, sino que intenta articular —o desarticular— a su conveniencia la identidad de aquellos, con el fin de legitimar su comportamiento y disminuir las resistencias a él. De la Guardia (2019b) nos presenta cómo tras la Primera Guerra Mundial, se utilizó el término “no-americanos” para todos aquellos migrantes en EEUU que no apoyaban la intervención estadounidense en la guerra, y cómo a través de esa denominación se les negaba su pertenencia al colectivo nacional. Ese término ha sido aplicado, en diferentes ocasiones, también a aquellos que no mudan sus valores al ritmo que mudan los valores definidos por sectores dominantes como nacionales.

No obstante, la dominación y la hegemonía no extingue las oportunidades de movilización resistente como hemos señalado anteriormente, ni la construcción de identidades a partir de la experiencia de agravios. En los procesos de acción resistente, los individuos y grupos sociales no sólo se reconocen como un grupo por su experiencia común, sino que hacen nuevas lecturas de esa experiencia y de sí mismos, resignificándose y diseñando proyectos de transformación de la estructura social como apunta Diego Crescentino (2019c).

En los libros con los que se dialoga son numerosos los ejemplos en que se intentan construir y redefinir identidades en torno a la crítica antiamericana: identidades nacionales y regionales en América Latina y en Oriente Próximo, identidades de género en las editoriales cartoneras, identidades afrodescendientes, nativo-americanas, obreras y veteranas de guerra, identidades antiglobalización y una identidad como Sur Global. Esas construcciones identitarias se nutren no sólo en el proceso de enfrentarse a EEUU, sino estableciendo nuevas interacciones sociales con otros



que también sufren dominación y hegemonía. En la puesta en común de sus experiencias, gobiernos periféricos diversifican sus relaciones diplomáticas (Vitón, 2019b; D. Crescentino, 2019c), líderes y activistas se identifican allende las fronteras —como fue el caso del activista Stokely Carmichael con representantes de movimientos revolucionarios, nacionalistas y antiimperialistas en 1967— (Carbone, 2019a), o soldados estadounidenses de minorías empatizan con sus supuestos enemigos y crean barrios en Vietnam tras su desertión (Soler, 2019). Esas nuevas interacciones permiten pensarse a sí mismos más allá de los esquemas establecidos, cristalizar acuerdos y espacios de acción colectiva, y crear nuevas identidades como el Sur Global.

Crescentino (2019c) nos ayuda a entender el Sur Global más allá de una noción geopolítica y estatocéntrica contrapuesta a los países poderosos del Norte. El Sur Global agruparía a todos aquellos actores que se resisten al orden hegemónico que estructura no sólo nuestro mundo político sino económico, cultural y social. Esa identidad, además de revalorizar a aquellos que se narran como parte del Sur, contiene la conciencia de que las identidades de resistencia no están exentas de contradicciones. Estas identidades, muchas veces, se siguen expresando a través de categorías, reglas y lenguajes de los sectores dominantes y pueden reproducir relaciones de poder en las que excluyen, a su vez, a otros subalternos, convirtiéndose así en lo que criticaban.

A la luz de estas reflexiones, el estudio del antiamericanismo no debe olvidar el estudio de la dimensión positiva de la resistencia, es decir, todo aquello que se construye o se proyecta como alternativa a aquello que critica y rechaza. Ahora bien, ese estudio no debe romantizar o mitificar los procesos de resistencia, siendo conscientes de que hay muchos procesos de cambio a veces encaminados a mantener todo como estaba o a simplemente rotar los privilegios que tiene unos a costa de otros.

Conclusiones finales

Los libros con los que hemos dialogado en este ensayo llaman a una actitud crítica para repensar el imperialismo y el antiamericanismo e invitan a profundizar en los vínculos que tiene la resistencia antiamericana con otros conceptos. Por tanto, no cabe duda que satisficieron los objetivos que se habían propuesto además de generar obras ricas en contenido y de interesantes evidencias. Inspiradas por sus reflexiones, aquí se han sugerido algunas claves y marcos para continuar profundizando el estudio del antiamericanismo —y que no sea visto como un todo— y para apreciar la complejidad tanto de los comportamientos imperialistas como los comportamientos resistentes. Abordar el antiamericanismo a través de distintas gafas dentro de las Relaciones Internacionales puede formar parte de esa actitud propositiva de resistencia ante un orden mundial desigual e injusto, que desea formar reflexiones alternativas sobre aquello que muchas veces se da por supuesto. ●

Referencias

- Chabot, S. (2018) La acción constructiva y la reivindicación de los comunes como un mecanismo de descolonización de la resistencia no-violenta. *Relaciones Internacionales*, 39, 19-36. DOI: 10.15366/relacionesinternacionales2018.39.002
- Chandler, D. (2006) *Empire in Denial*. Londres: Pluto Press.
- Destradi, S. (2010) Regional powers and their strategies: empire, hegemony and leadership. *Review of International Studies*, 36, 903-930. DOI: 10.1017/S0260210510001361
- Simmons, E. (2014) Grievances do matter in mobilization, *Theory and Society*, 43 (5), 513-546. DOI: 10.1007/s11186-014-9231-6



RELACIONES INTERNACIONALES

Revista académica cuatrimestral de publicación electrónica
Grupo de Estudios de Relaciones Internacionales (GERI)
Universidad Autónoma de Madrid, España
<https://revistas.uam.es/relacionesinternacionales>
ISSN 1699 - 3950

 facebook.com/RelacionesInternacionales

 twitter.com/RRInternacional

